

Oro en economía, hierro en política. Corea más allá de las Olimpiadas

Córdova-Claure, Ted

Ted Córdova-Claure: Periodista boliviano residente en Venezuela, especializado en temas mundiales. Edita la carta de análisis Orbita-Bip. Autor de una docena de libros-reportaje. Ha viajado extensamente por Asia.

Entre la guerra de los años 50 y las Olimpiadas del 88, Corea del Sur no ha dejado de estar en el centro de la atención mundial. Su pujante proceso de industrialización y sus exportaciones, que ya les permiten asegurar a sus líderes "seremos para Japón, lo que Japón fue para EEUU", no dejan dudas de su protagonismo continuo en la escena contemporánea, donde otra institución - también originaria de Grecia, como los Juegos Olímpicos - la democracia, con sus tribulaciones allí, también ha hecho volver los ojos hacia esa lejana península asiática. Mientras los estudiantes radicalizados acosan al sistema político coreano con sus violentas manifestaciones, la recién llegada clase media también quiere cambios de fondo, sobre el marco de una riqueza nacional en expansión, cuyo crecimiento no es acompañado por un proceso similar en lo político. Por todo ello, Corea - más allá del atletismo - es un punto de comparaciones y reflexión para el resto del Tercer Mundo.

El peligro del comunismo, nadie lo dudó jamás en Seúl, viene del Norte. Pero en los meses preolímpicos de este 1988, Corea del Sur ha experimentado un nuevo tipo de tensión por la protesta de los "estudiantes radicales" que quieren un cambio en el sistema. La iniciativa revolucionaria, nacida del corazón de la propia sociedad surcoreana, alteró los nervios de todo el país e hizo temer por la estabilidad de la naciente democracia asiática.

Alguna vez se escribió que Corea del Sur era un milagro económico sin dictadura. La verdad es que no ha dejado de serlo por el hecho de tener un presidente civil, que en todos los casos recientes ha sido un militar en retiro. En otras palabras, los

surcoreanos son gobernados casi siempre por un general de mano dura vestido de paisano, y por eso los estudiantes no encontraron una gran diferencia con el actual gobierno, el primero que ha surgido de las urnas.

Todos estos presidentes civiles utilizan el mismo argumento central. Bajo el signo del temor de una invasión de Corea del Norte, el régimen de Seúl mantiene una administración férrea, pero el pueblo surcoreano quiere libertad y democracia al estilo occidental, después de casi 40 años de un sistema corrupto y militarizado, que dominó a la población con el argumento del miedo al comunismo de sus hermanos del Norte.

Podríamos decir que la clase media surcoreana aceptaría con agrado una especie de socialdemocracia, apoyada en el exitoso modelo capitalista económico industrial agrario que han podido levantar en años de vida dura. Sólo eso quizás desalentaría la ambición de Corea del Norte de imponerle su estricto modelo socialista y hasta podría motivar la búsqueda de un arreglo federado para la reunificación de las dos Coreas. No debemos descartar que, en algún momento, la onda de la perestroika puede llegar a influir sobre el férreo sistema de Pyongyang, que también constituye un admirable esfuerzo de industrialización. Además, se espera que cuando el sempiterno Kim II Sung desaparezca de la escena, vientos de cambio también soplarán en Norcorea, alentando las posibilidades de convivencia.

Pero si en Seúl no toman la decisión de una rápida y real democratización, entonces el peligro de una marea roja ya no vendrá del Norte, sino de sus propias insatisfechas y turbulentas masas juveniles. La consigna en las calles de las ciudades de Corea del Sur, en todo el período previo a los XXIV Juegos Olímpicos, ha sido el cambio revolucionario. Los agitadores estudiantiles llevaron a una considerable masa de jóvenes a enfrentamientos callejeros con las bien organizadas fuerzas policiales, vestidas con armaduras que recuerdan las indumentarias de guerreros medievales. Se calcula que más de un 20 por ciento del estudiantado universitario surcoreano, que en total es de más de un millón (en una población de 49 millones), ha participado en estos choques con los samurais del sistema. Los lemas entonados en coros vociferantes han sido principalmente tres, y muy claros: "Abajo la dictadura militar", "Yanquis váyanse a casa" y "Queremos la unificación de nuestra patria". Los incidentes entraron en un punto peligroso cuando las fuerzas de seguridad, incluyendo el ejército, impidieron una marcha de estudiantes hacia uno de los puntos de la frontera con el Norte. Allí proyectaban encontrarse con jóvenes norcoreanos, que se habían desplazado en una manifestación obviamente alentada por su gobierno.

Los estudiantes surcoreanos rebeldes provienen de distintos estratos sociales, pero en su mayoría son de clase media, incluso hijos de militares, de funcionarios de gobierno y de prominentes políticos oficialistas y de oposición. Pero también hay hijos de obreros y campesinos. Todos están unidos en un hecho fundamental de la actual vida surcoreana: el rechazo al abuso de poder durante décadas en una sociedad que, supuestamente, había elegido como modelo la democracia norteamericana. Hoy día, cansados de esa farsa, los estudiantes surcoreanos abogan por lo que llaman una "sociedad de masas" con la unión de todos los sectores, pero sin ideas claras de cómo reformular el modelo económico del país, que en fin de cuentas ha sido exitoso.

Para muchos políticos de oposición que han tenido la experiencia de luchar por mayores derechos en condiciones muy duras, esta irrupción del radicalismo estudiantil puede alterar el lento proceso en el cual han estado. Los opositores, que cometieron el error de ir divididos a las elecciones presidenciales, se han unido precariamente en el Parlamento y tienen mayoría contra el frente gobiernista. Pero temen que ahora el revolucionarismo juvenil vuelva a endurecer las condiciones y el actual presidente Roh Tae-wu se decida por lo que han hecho sus antecesores: gobernar con mano dura desde el palacio presidencial sin importarles el Congreso y con absoluta prescindencia de los otros factores que conforman una democracia.

La amenaza de Kumgansan

De todos modos, para eso está el eterno argumento de la seguridad nacional, de la inminencia permanente de una agresión de Corea del Norte, factor psicológico que domina las vidas de los surcoreanos. Los coreanos del Norte están construyendo una represa tan grande cerca de la frontera (a menos de 40 kms. de la capital), que podrían desencadenar la agresión más curiosa, lanzando una catastrófica inundación sobre la parte más poblada de Corea del Sur, dicen los rumores más truculentos en Seúl.

El ritmo de construcción de la represa de Kumgansan, muy cerca de la zona desmilitarizada del paralelo 38, es muy acelerado, y alimenta los temores sobre la peligrosa utilización de la futura masa de agua. Son rumores atribuidos por la prensa norteamericana a sectores del gobierno surcoreano. Es más, según el ex-presidente Chun Doo Hwan, también ex-militar especialista en labores de contraespionaje, Corea del Norte podría lanzar las aguas antes de los Juegos Olímpicos de septiembre de 1988. Estas declaraciones públicas contribuyen a fomentar la psicosis y son el pretexto del rígido sistema policial interno.

Para contrarrestar esta posibilidad, Corea del Sur construye otra represa, que serviría de contención del agua y en el reflujó la volvería sobre territorios norcoreanos. No se trata de ficciones. Las obras están en construcción. Las grandes excavaciones y los mastodontes de concreto que se levantan, fotografiados en revistas de las dos Coreas, reflejan la monstruosa realidad de lo que era un solo pueblo y ahora esta dividido con mentalidad paranoica en ambos bandos.

No hay división más acre y acerada que ésta. Ni el muro de Berlín simboliza un abismo tan grande entre los que por siglos constituyeron un prospero e inventivo país. Al norte, la República Popular Democrática de Corea, de sistema comunista monolítico dominado por Kim Il Sung. Al sur, la república de Corea, buscando un modelo de capitalismo occidental, bajo un esquema político de derecha, dominado por la clase militar.

Durante la primera mitad de este siglo, Corea ha sido permanentemente ocupada. Al principio por la expansión de la Rusia zarista, de China y del Japón. Pero después de la victoria de las tropas niponas en la guerra ruso-japonesa (1905), la península coreana permaneció bajo dominio japonés hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Con la rendición de Japón (1946), las tropas soviéticas ocuparon el norte fronterizo con la región de Vladivostok y los norteamericanos se establecieron en el sur. En 1950, los norcoreanos, apoyados por China y la URSS, lanzaron una ofensiva buscando expulsar a Estados Unidos. La guerra de Corea termina en 1953, dejando la frontera en el paralelo 38 y profundizando la enemistad entre coreanos. Hay miles de familias divididas que probablemente no se reunirán jamás.

Desde entonces, para los gobernantes surcoreanos el tema número uno ha sido la seguridad frente al Norte. Cuentan con la garantía de la protección de Estados Unidos, con unos 40 mil soldados norteamericanos con el equipo de guerra más moderno, incluso armamento atómico. El paralelo 38 es uno de los puntos neurálgicos donde puede comenzar la tercera guerra mundial.

Rebelión de la clase media

Sin embargo, para el régimen de Seúl, las amenazas del Norte han pasado en este tiempo a un segundo plano. Los problemas están en casa y no se trata de grupos de agitadores izquierdistas que pudieran estar siguiendo consignas de Kim Il Sung, como se dijo en otros momentos de crisis. Ahora es la cada vez más numerosa clase media coreana, la que con su esfuerzo y sudor ha construido una de las economías más sólidas, en un país que hace menos de 40 años estaba en ruinas y cenizas.

El presidente Roh Tae-wu, como el ex-presidente Chun, pertenecen a la promoción de militares que, a la muerte del dictador Park Chung Lee en 1979 (asesinado por su propio jefe de espionaje) se hizo cargo del poder. Los nuevos militares, formados bajo la supervisión de Estados Unidos (Park era de la generación de la Segunda Guerra Mundial y luchó en filas del ejército japonés) siguieron gobernando con puño de hierro, con el eterno argumento de la amenaza norcoreana, imponiendo grandes sacrificios a su pueblo.

Con una población siempre aumentando para su escaso y poco fértil territorio, los problemas surcoreanos parecían insuperables. Muchos coreanos emigran, y se los encuentra en todo este continente, del Canadá a la Argentina. Las camarillas militares posesionadas de una especie de gran designio frente al eterno peligro fronterizo, gobernaron casi al margen del dinamismo del país, de su crecimiento social y económico incluso de su naciente empresa privada, que es una curiosa mezcla de businessman japonés y norteamericano.

Desde la Casa Azul, en Seúl, el presidente surcoreano domina policialmente al país y favorece la corrupción entre sus preferidos. Es un fenómeno general en los funcionarios de las dos Coreas. Los diplomáticos norcoreanos han sido expulsados de varios países por actos flagrantes de contrabando. Los del Sur actúan protegidos por la cortina de intereses económicos con funcionarios de gobiernos del Tercer Mundo. Parece un contrasentido que un pueblo tan disciplinado y trabajador, sea tan proclive a la corrupción. Los militares surcoreanos han llevado la corrupción hasta sus pares de muchos países suramericanos, creando verdaderos nexos para sus negociados, con el pretexto de abrir mercados para la industria surcoreana, que exporta todo tipo de productos, desde los autos Excel y Hyundai, hasta las yerbas del Ginsen, de dudosas virtudes, que se promocionan en todo el continente.

Preocupados por su imagen, los diplomáticos surcoreanos cultivan a políticos y periodistas, y muchas veces se han aprovechado de la ignorancia de éstos para promover las virtudes de su sistema, ocultando lo que ahora esta en clara evidencia: la ausencia de libertad y democracia en un proceso de formidable desarrollo económico.

En este momento, el gobierno de Chun enfrenta tres grandes movimientos de protesta, más allá de la acción limitada de la coalición opositora Partido de Unificación y Democracia, organizada en abril de 1987, luego dividida y ahora en precaria alianza parlamentaria. Esas fuerzas son los estudiantes, la Iglesia católica y especialmente la ahora mayoritaria clase media en lo que hace menos de medio siglo

era un país de campesinos. Ya el año pasado los estudiantes dieron la pelea en la calle durante semanas, protestando por la decisión del gobierno de postergar el debate sobre la reforma constitucional, hasta después de las Olimpiadas. Ahora se les ha unido la clase media, cansada de un sistema militarizado que entorpece el acceso a una sociedad ampliamente democrática y de alto consumo, que es lo que quieren los surcoreanos. Su modelo es, nadie lo dude, el sistema democrático de Estados Unidos.

Junto a la clase media está la Iglesia católica. Los católicos, aunque minoritarios (apenas más de un 5 por ciento en una población de 42 millones, principalmente budistas) son muy influyentes. El año pasado se presentó en la catedral católica del populoso barrio Myongdong una exhibición de fotografías de la rebelión en Filipinas, que concitó la atención de los surcoreanos. Miles de personas desfilaron para ver escenas de la caída del dictador Marcos y el ascenso de Cory Aquino, que para los surcoreanos es el prototipo de la heroína. Sin duda, el ejemplo de Filipinas es muy considerado en Corea del Sur. También en Washington, aunque con ciertas reservas por la importancia estratégica de la península. Todavía hay sectores que hacen una diferencia entre seguridad y democracia.

Breve memoria surcoreana

Corea del Sur afronta todas las circunstancias con un gran sentido práctico y estas Olimpiadas no son ajenas a ese espíritu. El gobierno de Seúl ha invertido más de 3 mil millones de dólares en la organización y las obras públicas, que han cambiado la cara de la capital. Se han ampliado las líneas del Metro de una ciudad, que tiene ya más de diez millones de habitantes; se construyeron caminos, hoteles, una nueva terminal del aeropuerto Kimpo, la Villa Olímpica - cuyos apartamentos ya están todos vendidos a surcoreanos, para ser ocupados después de los juegos, y se limpió el río Han, que suele ser muy turbulento.

Pero a pesar de las amenazas, estas serán las Olimpiadas más concurridas de la historia, con 161 países y 11.555 atletas (contra 140 naciones y 7.078 atletas en Los Angeles, 1984). El gobierno surcoreano espera sacar una ganancia líquida de más de 700 millones de dólares, con los gastos de los turistas deportivos y los derechos de televisión. Se calcula que llegaran más de 250 mil personas para visitar Corea del Sur durante las Olimpiadas. La ausencia estaba limitada solamente a Corea del Norte, que exigía parte de los juegos en su territorio, y en solidaridad con ésta, Cuba y Etiopía. Pero estarán los soviéticos y los chinos y de otros países socialistas.

Y esa se considera la mejor garantía de que no habrá agresión del Norte. En todo caso, los peligros crecientes están por ahora dentro de la sociedad surcoreana.

Corea del Sur es una de las pujantes naciones del Tercer Mundo y no se puede pasar por alto el enorme desarrollo, frente a tantas dificultades. Para entender la eferescencia actual hay que conocer detalles de su reciente historia. Hace ya más de 10 años que hice un extenso viaje por las dos Coreas, recogiendo notas y escribiendo artículos. Algunas visiones sirven para ilustrar ese proceso y comprender lo que pasa ahora.

En la Gold Star, uno de los más grandes complejos industriales de la República de Corea, un técnico de la planta electrónica vaticinó: "Nosotros seremos para Japón lo que Japón fue para Estados Unidos". En cierta forma, ya es una realidad. Cerca del pueblo de Pusan, Gold Star fabrica con su propia marca o con las prestadas de Hitachi o RCA. Muchas personas adquirirán un producto electrónico de estas marcas, creyendo que son originales del Japón o de Estados Unidos. Pero no se sorprendan si dice "Made in Korea".

Hace 37 años Corea del Sur era todo ruinas y cenizas. Existía gracias al oportuno desembarco del general Douglas Mac Arthur en las playas de Inchón, a la sangre derramada por soldados de distintas nacionalidades (de América Latina fueron soldados colombianos), pero sobre todo gracias a la gran voluntad de su pueblo, a una extraordinaria capacidad de trabajo de los coreanos.

De Corea del Norte se puede decir algo parecido, pues esta gente, con tan grande capacidad industrial, es en el fondo la misma a un lado y otro del paralelo 38. Hay antecedentes históricos notables: los coreanos trabajaron el hierro y otros metales desde más de mil años antes de la Era Cristiana; utilizaron el papel junto con los chinos, descubrieron la escritura y el alfabeto más práctico que hay en el mundo en el siglo XVI, e inventaron los tipos móviles de imprenta mucho antes que Gutenberg.

En este siglo, sometidos al dominio japonés prácticamente desde 1910, creyeron ver su liberación al fin de la Segunda Guerra, en 1945, para encontrarse con un país dividido por las dos grandes tendencias mundiales, el capitalismo y el comunismo. Esa situación los llevó a la desastrosa guerra de 1950-1953. Casi 40 años después, ya puede decirse que existe un milagro económico surcoreano. En una década el producto nacional bruto casi se cuadruplicó y la tasa de crecimiento anual es de un 15,7 por ciento (una de las más altas del mundo) después de haber sostenido du-

rante 20 años un promedio del 8 por ciento. El ingreso per capita ha saltado en 20 años de menos de 200 a más de 2.000 dólares, mientras que el superávit en el comercio con EEUU supera los 7 mil millones, cuando hace 20 años sus exportaciones apenas pasaban los cien millones. Es una economía en completa expansión, pero también con una enorme deuda externa (unos 45 mil millones), sólo inferior en el Tercer Mundo a las de Brasil, México y Argentina.

Hay algunas piedras fundamentales de este nuevo desarrollo coreano, que en realidad ahora se levanta al margen de la ayuda norteamericana (5.600 millones de dólares de 1946 a 1974, invertidos básicamente en la reconstrucción de infraestructura). Se trata de ciertas industrias, ahora ya muy poderosas, erigidas virtualmente sobre una base de cero.

Corea es uno de los principales exportadores de productos de madera enchapada, y de hecho tiene la fábrica más grande del mundo en el puerto de Pusan, la Tong Myung Lumber Co. Lo interesante del caso es que en Surcorea no existe ni un solo bosque. Toda la materia prima debe ser importada principalmente de Indonesia y Malasia. Tampoco tiene mineral de hierro, ni carbón, ni petróleo. Sin embargo, en Pohang se ha levantado una de las plantas siderúrgicas más modernas. Erigida en 1970, la Iron & Steel Co. (propiedad estatal pero funcionando como corporación autónoma) ya superó la producción de 1.500.000 toneladas anuales de acero en 1974. Hoy disputa el primer lugar con la Nippon Steel Corporation. Pohang Steel, o Posco, como le llaman, fue concebida como empresa de infraestructura de país en desarrollo; ahora produce ganancias, aunque los estudios originales indicaban claramente que no sería rentable.

Detrás de este esfuerzo surge inevitablemente, como factor decisivo, la formidable capacidad de trabajo del pueblo coreano. Observando a casi tres mil mujeres trabajando en la fábrica de maderas finas de Pusan, un supervisor me dijo con orgullo: "Esta es nuestra mejor materia prima". Los obreros coreanos trabajan un mínimo de ocho horas diarias, siete días a la semana. Los turnos dominicales se hacen naturalmente con voluntarios, pero existe un incentivo económico, sobre la base de bonos de producción. Prácticamente no había sindicatos en la década del 70, aunque son permitidos donde los quieran organizar. Sin embargo, la clase media está mejor organizada que los obreros.

La ley de las compensaciones es inevitable: las empresas prósperas - y casi todas lo son por encima de la política de gobierno, que es de rigurosa austeridad. Pero están haciendo buenos negocios y han descubierto también que la única manera de

incentivar al trabajador es remunerándolo mejor. Además, comienzan a pensar en la necesidad de ampliar el mercado interno.

Corea también se ha dotado de su propia tecnología, a través del KIST (Korean Institute for Science and Technology) que es una verdadera usina de cerebros. Veinte años atrás no existía. Hoy emplea más de 600 técnicos especializados en Estados Unidos, Japón y Europa, y realiza la investigación por contrato (52 por ciento para la industria privada, que paga bien por estos servicios).

Hace unos años entrevisté a Jae Hyun Yang, por entonces vicepresidente del KIST. Explicó: "En primer lugar hemos contenido el éxodo de cerebros. Corea ya no padece del brain-drain. Ahora, estamos tratando de enfrentar el desafío del alto costo de la tecnología. Lo que aquí se hace tiene que ser bueno ciento por ciento. No estamos inventando una nueva tecnología; simplemente la necesitamos, y aquí la buscamos y la encontramos, adaptada a las necesidades de nuestro país, que está en pleno desarrollo". La imaginación desplegada en el KIST y en la capacidad de trabajo de su pueblo, es la clave de este nuevo milagro asiático.

La evolución industrial surcoreana tiende a consolidar un poderío y bienestar suficiente como para poder negociar sin temor con Pyongyang, la capital del Norte. Los voceros del gobierno de Corea del Sur afirman que están dispuestos a dialogar con Corea del Norte, pero según ellos esa perspectiva es imposible, porque los objetivos del régimen de Pyongyang serían dominar y comunizar el Sur. En el Norte, opinan que la aspiración de Seúl es imponer el capitalismo occidental en lugar del socialismo a lo Kim Il Sung (y su muy esotérica doctrina Zuche).

Pese a la enemistad belicosa, hay ya algunos canales de diálogo entre las dos Coreas. Se discute en la comisión conjunta en Panmunjon, la frontera; indirectamente, también en la Asamblea de Naciones Unidas, donde cada cierto tiempo se considera el problema coreano. En 1987, con motivo de inundaciones (naturales) en el Sur, el Norte envió frazadas, carpas y otra ayuda de emergencia. También Washington ha dado ciertos signos de apertura a Pyongyang, dejando entrever que levantaría las sanciones comerciales a Corea del Norte si el gobierno de este país permitiera la participación de sus atletas en las Olimpiadas de Seúl.

Una fuente más efectiva de este mínimo diálogo ha sido la Conferencia de la Cruz Roja, la cual se ocupa principalmente de los diez millones de personas que a uno y otro lado han quedado separadas por la división de la península.

Según Lee Bum Suk, que fue vicepresidente para el lado surcoreano de la Cruz Roja, hombre de confianza del presidente Park Chung Hee y hábil negociador, el primer objetivo es la búsqueda de los parientes; luego lograr que se junten o visiten, buscar la reunificación de las familias y establecer un sistema de correspondencia. Aunque este diálogo se inició en agosto de 1971, ninguno de estos objetivos se ha cumplido, según el vocero Lee, porque "los norcoreanos sólo buscan un propósito político, que es unificar el país bajo sus propias condiciones, es decir, bajo el comunismo". Cuando se le pidió alguna prueba de su afirmación, el representante de Seúl explicó: "Nosotros propusimos intercambiar comisiones con los norcoreanos. Pero ellos pusieron condiciones que hacen imposible la prosecución del diálogo. Por ejemplo, Surcorea debería abolir primero las leyes anticomunistas y legalizar al PC. En cuanto al intercambio, proponen que aceptemos 40.000 funcionarios norcoreanos con inmunidad diplomática, lo que equivaldría a aceptar un ejército invasor dentro de nuestro país. En contraposición, ellos aceptarían unos 10.000 surcoreanos porque su oferta se basa en nuestro sistema de subdivisión de cantones (li), y esa es la proporción en uno y otro territorio". Por estas condiciones, fracasaron las negociaciones de la Cruz Roja.

Los surcoreanos realistas saben que la unificación ya es imposible. La propaganda política los obliga a estar en permanente estado de alerta contra sus hermanos del Norte. Poco saben del gran desarrollo económico que también ha logrado la República Popular Democrática de Corea. No siempre están dispuestos a admitir que el país de Kim Il Sung ya ha sobrepasado los 4 millones de toneladas de acero producidas por año y que la producción de carbón es de 53 millones de toneladas. Norcorea tiene, desde 1974, un promedio de crecimiento del 19 por ciento anual, si vamos a creer sus cifras. Gobernada rígidamente, en lo que parece un estilo virtualmente staliniano, aplica su propia concepción del socialismo, que es en realidad el kimilsunismo: son independientes, nacionalistas, han recibido muy poca ayuda. Ahora dedican su mayor esfuerzo a la fabricación de armamento y hasta se presume que han entrado en el nivel atómico. Han comenzado también una apertura al mundo, el comercio con Japón aumenta notablemente, y hay los primeros indicios de la búsqueda de un mayor confort para su pueblo. Norcorea es una realidad tan consistente que a Surcorea sólo le queda el recurso de dialogar. Pero en Seúl, en estos días, la prioridad es lograr la apertura democrática, lo que puede ser un acontecimiento gravitante también en Pyongyang. Sin embargo, Norcorea es una región impermeable a las influencias. No influyó Mao Zedong y hay quienes no creen que pueda influir Mijail Gorbachov. Pero quizá podría tener repercusiones un progreso sustancial de la democracia en Surcorea.

Con todo, para muchos, la pesadilla de las aguas de la represa de Kumgansan siempre estará presente.